UN RECUERDO QUE SE SUMA A UN HOMENAJE

Año 1934. Palacio de la Magdalena. Universidad Internacional de Verano. Tema del Curso: *El siglo XX*. Quiso ahondarse en el sentido de las transformaciones primordiales que, en las tres primeras décadas de la centuria, se habían operado, no sólo en las Artes y las Ciencias, sino también en la vida social e individual.

Este curso se dividió en seis secciones, y en la quinta —*Las ciencias del espíritu que se orientan hacia la realidad histórico-cultural y filológica*— dictaron cursos de conferencias los profesores E. Utitz, de la Universidad de Praga; J. Huizinga, de la de Leiden y Dámaso Alonso, de la de Valencia.

Sólo conocía entonces a Dámaso a través de sus ilusionados *Poemas puros. Poemillas de la ciudad*, de su presencia en revistas de la época (*Indice, Grecia, Horizontes*...), de su edición de las *Soledades* (precedida de un «claro» y «bello» estudio), de su admirable ensayo (recién publicado en *Cruz y Raya* con la rúbrica *Escila y Caribdis de la literatura española*), de sus colaboraciones en la *Revista de Filología Española*...

Ahora —mes de agosto de 1934— escucharía sus seis conferencias sobre *Los nuevos métodos técnicos de la filología y de la ciencia de la literatura*. Años más tarde se iniciaría una amistad tan auténtica entre nosotros que mi admiración por el poeta, por el crítico, por el lingüista, con ser muy grande, es bien poca cosa si se la compara a la que profeso por la humanidad —sencilla y compleja a la vez— de ... Dámaso.

He conservado siempre el recuerdo de esas seis magistrales lecciones; no sé si puede decirse que están «inéditas». Sí, en cuanto que no se han publicado; pero no, en cuanto que trascendieron los límites del aula en que se pronunciaron, que están presentes en lo más elevado y certero de disposiciones que reordenaron el contenido de determinadas enseñanzas de superior rango, que muy probablemente despertaron, directa o indirectamente, vocaciones, que sirvieron de pauta en la elaboración de valiosas monografías ...

Desempolvo ese recuerdo de hace casi cuarenta años, como una modesta ofrenda al que, por plurales motivos, podemos llamar adelantado o pionero, promotor de una realidad nueva, que luego se mostró muy oportuna y necesaria. Sólo tomamos una parcela, un acotamiento estricto, de la vasta heredad damasiana.

Para valorar lo que, como significante, entraña, y lo que ha seguido siendo, ese curso dictado en el verano de 1934, permítasenos que intentemos «situarnos» con unas muy breves pinceladas, y que señalemos también cuán ajustado está el contenido de estas seis lecciones a la intención del Curso universitario sobre el siglo XX.

En Europa —y más allá de los confines europeos— se agitaban una serie de cuestiones que postulan un radical replantcamiento de muchas cosas que secularmente se venían aceptando. La ciencia española del momento no ignoraría, sin duda, esos movimientos científicos, pero o no los valoraba en todo su alcance o, simplemente, no ponía en ellos la necesaria atención. Quien advirtió su singular trascendencia fue este joven catedrático, entonces de la Universidad de Valencia. El es uno de los primeros que en Europa advierte lo que implican las posiciones del ginebrino Ferdinand de Saussure y el esclarecimiento que su *Curso* proyecta sobre discusiones anteriores. Y en las lecciones de la Magdalena ambientó ese estadio de la ciencia filológica y literaria con una puntualidad excepcional en lo informativo, con una admirable capacidad perceptiva y nos ofreció su personal versión valorativa de lo que en el mundo estaba siendo en esos momentos un tema candente.

En el tomo en que se resumen las actividades de la Universidad Internacional en el año 1935, se anunciaba la edición del Curso de conferencias de Dámaso Alonso. Razones hubo para que no pudiera cumplirse ese propósito, pero fue tal el impacto producido por aquellas lecciones, que el ambiente hispano comenzó a interesarse, de forma cada vez más enérgica, por lo que había revelado la penetrante mirada del joven maestro. Y fueron surgiendo figuras nuevas y, sobre todo, jóvenes —hoy ya algunas juvenilmente gloriosas— que han ido incorporando a nuestro solar saberes vivos que nacieron lejos, y aportando a esos saberes de distante cuna singularidades contempladas desde el rincón hispano. La aportación damasiana abrió brecha hacia nuevos planteamientos, y hoy ya hemos de considerar tales temas como incorporados, valorados y vivos.

Así como se ha dicho que Dámaso Alonso en su primer libro poético —de poemas de la adolescencia y primera juventud del escritor— dejó alguna «ventana abierta» a la madura, trascendental poesía de sus grandes libros *(Hijos de la ira, Oscura noticia, Hombre y Dios)*,

podríamos afirmar que, en el área filológica y de la crítica literaria, dejó abierto un sendero, de obligado y fecundo recorrido, en sus magistrales lecciones del verano de 1934.

Y voy a intentar ahora ofrecer un resumen —ojalá fiel, ya que no brillante— de las mismas. Me valgo para ello del guión publicado en el *Resumen de los trabajos de la Universidad Internacional de Verano de Santander. 1933-1934,* Madrid, 1935, pp. 137-143 y en lo que pueda traer a mi memoria de aquellas seis horas de atento y admirado oyente, hace casi ocho lustros.

La exposición constó propiamente de tres partes, de diferentes dimensiones, como es natural: la inicial y de obligada introducción fue en verdad nuclear, aunque en sí misma muy breve; la segunda parte versó sobre la lingüística y la tercera sobre la ciencia de la literatura. Las relaciones y puntos de contacto entre ambas zonas fueron expuestas en la introducción, y de ahí la trascendencia de la misma.

Las primeras palabras fueron para plantear el estado de crisis de las dos ciencias en torno de las que va a seguir hablando: la lingüística, o, mejor, la filología, de una parte, y la ciencia de la literatura, de otra. Expuesta la gravedad que tal crisis implica, analizó la causa de la misma, partiendo de la crisis del positivismo.

La primera pregunta que se formuló el conferenciante fue la de si el positivismo decimonónico había fracasado en los dos campos: el lingüístico y el de la historia literaria. Analizando la obra de Vossler, consideró dos formas fundamentales de positivismo: el metodológico y el «metafísico», para afirmar la necesidad de un positivismo de tipo metodológico. Y, a partir de tales considerandos, pone el dedo en la llaga, al formularse la siguiente pregunta: —«¿Ha habido positivismo científico en la España de la segunda mitad del siglo pasado?»— La respuesta es rotunda: —«En nuestras ciencias no se puede hablar de método positivo hasta Menéndez Pidal. En España hay aún hoy una extremada necesidad de trabajos de índole positiva».

Justificó la conveniencia de dividir el curso en los dos grandes campos ya aludidos: el de la lingüística y el de la historia literaria, concebida, es claro, como ciencia. Afirmó que los puntos de contacto entre una y otra se apoyarán en la posibilidad que ambas ofrecen de ser estudiadas sincrónica y diacrónicamente; en el hecho de que las dos pasan por idéntica crisis, común a las ciencias del espíritu y, en fin, a la teoría, formulada por Karl Vossler, de identificación de lingüística y ciencia de la literatura.

Acaso estos enunciados del conferenciante pudieran resultar un tanto llamativos, pero a la hora de introducir a los oyentes en la temática del Curso apeló a conceptos y obras suficientemente asequibles. La obra de Benedetto Croce era universalmente conocida, por sí misma y por las controversias que había suscitado, en el fondo de las que casi siempre latía la incomprensión. En el movimiento en torno a la ideología croceana, es obligado recordar la excepción —solitaria y gallarda— del romanista de Munich, Karl Vossler. Como es sabido, Croce publicó en 1900, y en el vol. XXX de la Academia Pontiniana de Nápoles, las *Tesi fondamentali di un'Estetica como scienza dell'espressione e linguistica generale*, en las que se pretende fundamentar una nueva doctrina sobre lo específicamente artístico, a la vez que los hechos del lenguaje son totalmente adscritos al campo de la estética. La *Storia dell'Estetica* se añadiría dos años más tarde al primitivo texto, y el todo llevó la rúbrica *Estetica come scienza dell'espressione e linguistica generales*, obra que fue el tomo primero de los cuatro de la importante obra croceana *Filosofía del Espíritu*. En el centro de las inquietudes estéticas de Croce está el problema de la expresión. Intuición y expresión en él se identifican: ni el pensamiento puede existir al margen del hecho expresivo. Para Croce estética y lingüística son una sola e idéntica ciencia, y carece de existencia cualquier lengua fuera de su concreta expresión histórico-cultural-cronológica. Como ya hemos apuntado, esa línea interpretativa sólo encontró en torno incomprensión, en la que tuvo sin duda parte importante la entonces imperante, rígida interpretación de la escuela neogramática. Sorprende no encontrar huella de las teorías croceanas en la importante *Introduction* de Meillet. Estamos todavía en fechas en que no había aparecido la obra de Ferdinand de Saussure, pues el maestro ginebrino —del que sí dirá Meillet que interpretaba con azules ojos de visionario y poeta— muere en 1913, y la reconstrucción de sus enseñanzas —que hicieron Bally y Sechehaye— no apareció hasta tres años más tarde.

La ya apuntada actitud de Vossler, en medio del desierto anticroceano, no es sólo la fidelidad al maestro y al amigo, sino una aguda comprensión del pensamiento de éste. Y el eje Croce-Vossler sostuvo la prueba de las muy diversas complicaciones políticas y de la natural evolución personal en un largo período de tiempo. En 1951 se publicó el *Carteggio Croce-Vossler*, que reúne una dilatada correspondencia —de 1899 a 1948— y que muestra la relación entre los dos amigos. Para Vossler la estilística, entendida como ciencia de los procedimientos expresivos, constituye el corazón mismo de la lingüística. Si Croce centró su mirada en el tema lingüístico desde una pers-

pectiva radicalmente filosófica, Vossler pasa la visión croceana al área formalmente lingüística y en ello estriba sin duda su necesidad de integrar extremos, aun a costa de parciales renuncias, y ahí también, con lo más notoriamente rico, lo más vulnerable de su construcción, magnificada después en toda una escuela idealista. Pero todo esto puede decirse ahora, cuando han transcurrido tantos años, y nuevas aportaciones nos permiten contemplar conjuntos que, aun sin darnos cuenta, completan nuestras posibilidades valorativas. En todo caso, para valorar las posiciones de Dámaso Alonso, hemos de remontarnos a 1934. El *Cours de linguistique générale* pudo ser conocido de todos a partir de 1916, pero es el hecho que Saussure, que en 1878 había publicado su famosa *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indo-européennes*, fue llamado a París por Michel Bréal, enseñando en la «École pratique des Hautes Études» de 1881 a 1891, regresó en este último año a Ginebra y en su Universidad profesa la docencia los últimos años de su vida en los que expuso una teoría general del lenguaje. El *Cours*, como hemos dicho, aparece impreso en 1916, y su difusión se vio frenada por la guerra de 1914-1918. El libro hará furor a partir de 1920, pero en el ambiente de los especialistas las teorías saussureanas eran anteriormente conocidas y no sólo a través de los textos publicados por Bally y Sechehaye, como lo muestra la serie de «cahiers» en que las teorías del profesor ginebrino fueron difundidas.

La escuela idealista, y el mismo Vossler, se manifestó contra la afirmación de Saussure de que la lingüística tiene por objeto básico la lengua, contemplada en sí misma y por sí misma. La repulsa de Vossler se apoyaba en su considerando habitual de que el conocimiento de una lengua no puede separarse del momento de una concreta y determinada civilización, del cual es expresión histórica, comprendiendo la historia de la lengua la totalidad de la vida del espíritu.

Más adelante nos aventuraremos a conjeturar cuál era, en 1934, la posición del expositor del Curso santanderino al tomar las posiciones de Vossler como fundamentalmente expresivas de su planteamiento crítico de base. No se trata sólo de presentar al joven catedrático de la Universidad de Valencia como un «adelantado» en este Curso de 1934, sino, hasta donde nos sea posible de puntualizar la significación de ese Curso.

Para el estudio de los nuevos métodos de la filología, arrancó el conferenciante del nacimiento romántico de la problemática peculiar de esta rama de la ciencia, del método comparativo (de Bopp, y de Schleicher, que perfeccionó este método), de la rigidez —especialmen-

te en lo relacionado con las leyes fonéticas— de los *Junggrammatiker*, del positivismo y de su aplicación al campo románico, estudiando a este respecto la figura de Meyer-Lübke, de Wundt y sus relaciones con los neogramáticos, de la protesta antineogramática, personalizada en Schuchardt.

Abordó a continuación el tema de la lexicografía, dialectología y geografía lingüísticas. Analizó algunas obras lexicográficas y muy especialmente, el *Glossaire des patois de la Suisse romande*, y se refirió también a trabajos españoles en esa materia, así como al movimiento «Wörter und Sachen».

A propósito de la geografía lingüística, hizo la historia del *Atlas linguistique de la France*, de Gilliéron y Edmont, subrayando la imprescindibilidad de la fonética en tales trabajos y considerando las discusiones en torno a las teorías de Gilliéron. Señaló el valor de los Atlas lingüísticos como testimonio más perfecto del estado de una lengua en un determinado momento y como instrumento para la indagación histórica del lenguaje. La Geografía lingüística ofrece soluciones a problemas como el de las leyes fonéticas, los límites dialectales, etc. Consideró los problemas que nuevamente plantean los atlas, como la estratificación lingüística, la patología y la terapéutica verbales, etc. Y, por fin, hizo el conferenciante una puntual información de los trabajos de Navarro Tomás y sus colaboradores para la redacción de los cuestionarios y demás trabajos preparatorios para el *Atlas lingüístico de la península ibérica*, del que ya se habían iniciado las exploraciones en distintos lugares de nuestra geografía.

Al considerar el método de Menéndez Pidal en lingüística y literatura, reiteró —razonándola ahora con más sosiego— la afirmación, que había anticipado en la primera disertación del Curso, de que el de Menéndez Pidal es el «primer método español positivo en sentido estricto». Hizo un agudo análisis de la obra pidalina, desde sus obras de juventud y la notoria evolución en las posteriores, destacando la aplicación al folklore de los métodos de la geografía lingüística. Dedicó un especial estudio a la consideración de los *Orígenes del español*, a su método geográfico-histórico, a la iluminación para la lingüística de enormes extensiones históricas, a la renovación de las ideas acerca de la diacronía lingüística, a su teoría sobre la ley fonética, en virtud de la cual tiene cada palabra su historia particular, aunque todas estén llevadas por una fuerza común, que viene a constituir la ley o norma fonética. La segunda parte de la disertación estuvo dedicada al estudio de la escuela de Menéndez Pidal.

También la lección sobre la obra de Saussure y la escuela de Ginebra tenía un precedente en una conferencia anterior, si bien ahora

precisa el conferenciante las cuestiones que estima fundamentales del *Cours de Linguistique générales: a)* objeto de la lingüística: la «lengua» frente al «habla»; la «lengua» como sistema homogéneo y concreto de signos psíquicos; *b)* arbitrariedad del signo: de aquí su alterabilidad y su intangibilidad; *c)* nacimiento del signo en la lengua como punto de contacto entre pensamiento y forma, y *d)* individualización del signo: su diferenciación como consecuencia de su arbitrariedad, establecida a base de las relaciones sintagmáticas y de las asociativas. Después de considerar las consecuencias metodológicas (método sincrónico, exclusión del «habla», nuevo análisis de los valores lingüísticos), hizo una crítica de las teorías de Saussure, estudió la escuela de éste, refiriéndose principalmente a Bally y Sechehaye —no sólo divulgadores, sino perfeccionadores de las ideas de su maestro—, con una especial consideración para el método estilístico de Bally.

Fue igualmente documentada y luminosa la exposición que hizo del Círculo de Praga, al que señaló antecedentes remotos (Humboldt) y próximos (Baudouin de Courtenay) y la idea del fonema. Destacó la colaboración de las dos escuelas (Praga y Ginebra) en el primer Congreso de lingüistas de 1928. En el contenido de éste destacó: la fonología frente a la fonética; las oposiciones fonológicas; la caracterización del sistema fonológico; el fonema; diferenciación por disyunción y correlación, tipos de correlación, diferencias fonológicas (lexicalizadas, morfologizadas y sintactizadas), leyes que ligan los distintos sistemas de relaciones: la teleología de los cambios lingüísticos. Y acabó señalando las coincidencias y las discrepancias entre la escuela de Ginebra y la de Praga.

Terminó esta segunda parte del Curso con la exposición del desenvolvimiento y significado de la escuela idealista. En la estética de Croce señaló la expresión como signo externo de la intuición y la estética como ciencia de la expresión, es decir, como lingüística general, derivando de estos postulados la inexistencia de la «lengua» (en sentido saussureano), única existencia del habla; imposibilidad de las traducciones, imposibilidad de la gramática normativa, identidad de ciencia de la literatura y ciencia del lenguaje. Después de hacer una crítica de las teorías croceanas, y señalando su enlace con ellas, estudió a Karl Vossler, y singularmente su libro de 1904 *Positivismus und Idealismus in der Sprachwissenschaft* y su crítica —teorías de Meyer-Lübke y de los neogramáticos— del positivismo radical, la predominante atención a lo individual, la causa productora de todas las formas idiomáticas es el espíritu, y tras una puntual consideración de la obra vossleriana en diversos campos de trabajo

lingüístico-literarios, señaló la base irracional y romántica en el pensamiento del romanista de Munich.

Al llegar a esta tercera parte —la dedicada a la historia de la literatura—, inició Dámaso Alonso su exposición con la del problema de las generaciones, en el que, después de considerar la antigüedad del tema, señaló el nuevo planteamiento hecho por Pinder para la historia del arte, la unidad de problemas como expresión de un carácter generacional y los intentos de aplicación de la teoría de Pinder, de carácter cuasi astrológico, a la literatura, y consideró, en fin, el concepto de la generación literaria en Petersen.

También expuso el concepto de la literatura comparada para concluir, después de aludir a la aportación de Baldesperger, en la pregunta: ¿Literatura comparada, literatura general o «Weltliteratur»? El tercero y cuarto ingrediente de los considerandos fueron la posición rusa del materialismo dialéctico en literatura y el análisis psicológico en la crítica literaria, oponiendo al primero la unidad espiritual de la literatura española y afirmando el valor relativo de la aplicación a la literatura de las teorías freudianas, insuficientes para explicar la esencia de la creación literaria.

En el planteamiento del problema de la ciencia literaria, contempló la invasión del campo de las ciencias del espíritu por la metodología positiva de las naturales, con la aplicación a lo literario de leyes cuantitativas de tipo físico-natural, para terminar con una referencia a la reacción espiritualista, representada en Dilthey, Windelband y Rickert.

Y después de un estudio del formal constitutivo de la ciencia literaria y del de algunas teorías y metodologías especiales (Cysarz, Dragomirescu, Nadler), cerró el curso de sus lecciones con la afirmación del fracaso del positivismo materialista, con la recomendación de la coordinación de las tendencias contradictorias en las teorías expuestas y, en fin, con la reiterada afirmación de la necesidad primordial del espíritu para la indagación de las ciencias del espíritu.

En las páginas precedentes —simple crónica de un Curso dictado hace treinta y nueve años, por lo que nos hemos ceñido al guión publicado de las seis conferencias para evitar los explicables fallos de memoria en ese largo período de tiempo—, creemos que ha quedado patente la abundantísima información, así como la penetración y capacidad de síntesis, de Dámaso Alonso. A lo que añadiríamos, los que tuvimos la suerte de asistir a ese Curso, la diáfana, brillante y puntual exposición de la problemática de su disciplina.

Hablar de Bopp y los primeros comparatistas no tiene sólo el mérito de una suficiente información. Apenas se había fijado la atención hispana en la obra de Bopp, nacido en Maguncia en 1791. Es bien por ello señalar el directo acceso del conferenciante de 1934 a la *Vergleichende Grammatik* (1833-1849), la primera de su género; a las memorias de la Academia de Berlín, de 1824-1831 *(Vergleichende Zergliederung des Sanskrits und der mit ihm verwandten Sprachen)* y, en fin, a la memoria de 1816 sobre el sistema de conjugación del sánscrito comparado con el de las lenguas griega, latina, persa y germana, vistas en una perspectiva propia y como antecedente de un gran replanteamiento. Y otro tanto diríamos de la mención de Jakob Grimm, de la valoración de su noción de perspectiva histórica, y del conocimiento de la *Deutsche Grammatik* (1822) y su repercusión en los cultivadores de otras lenguas: diez para el área románica (1836), Miklosich para la eslava (1852), J. K. Zeuss para la céltica (1853), que se apropiaron el sistema de trabajo de Grimm. Asimismo contempló certeramente el conferenciante, por óptica y conocimiento profundo de su aportación, a Augusto Schleicher, que formó parte de una segunda generación de comparatistas, y que acaso perfeccionó el método por sus antecedentes de botánico, experiencia que le llevó a contemplar la lengua como una realidad dotada de organismo autónomo y suprapersonal, que permite a cada lengua vivir —al modo de las especies vivas— su propio destino.

Analizó el conferenciante, como queda indicado, a los Junggrammatiker de la Universidad de Leipzig, cuyas posiciones se habían popularizado más. De 1886 a 1900 publican Brugmann y Delbrück el *Grundriss der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen*, que, entre 192 y 1904, sintetizó el mismo Brugmann *(Kurze vergleichende Grammatik der indogermanischen Sprachen)* y que, en 1905, bajo la dirección de Meillet y Gauthiot, se traduce (J. Bloch, A. Cuny y A. Ernout) al francés *(Abrégé de grammaire comparée des langues indo-européennes)*.

Es del mismo modo comprensiva de aquel momento la información y valoración general del conferenciante en lo que respecta a Gilliéron, si consideramos que sus sistemas son difundidos hacia el año 1900, pero que el empeño por etimologizar, relacionando las palabras con las cosas —Wörter und Sachen— tiene su gran difusor en Dauzat, cuya geografía lingüística se edita en París, 1922, y la reseña de sus métodos, por obra de Iordan y Orr en la edición londinense *(An Introduction to Romance Linguistics)*, aparecida tres años más tarde que el Curso de Santander que reseñamos. En la valoración del significado de la «Proposición 22» de Jacobson, Karcevsky

a Trubetskoi, del Congreso de La Haya de 1928, va el conferenciante pisando la interpretación, casi diríamos anticipándose, puesto que las nuevas precisiones no se producirán hasta 1952 (H. Frei), y la traducción al francés de los *Principes de Phonologie,* de Trubetskoi, aparecería en 1949, por señalar unos ejemplos.

La escuela de Ginebra tiene por su estilista tipo a Bally, a quien se refirió Dámaso Alonso en su Curso. Pero si bien el *Précis de Stylistique* es de 1905 y el *Traité de stylistique française,* se editó en Heidelberg un año antes, la plenitud de sus ideas están expresadas en el volumen *Linguistique générale e linguistique française,* editado en Berna sólo dos años antes del Curso de Santander. Sobre lo esencial saussureano y sobre la caracterización del sistema fonológico (el fonema, la diferenciación por disyunción y correlación, etc.), entendemos que nada ha variado sustancialmente de la interpretación del Curso de la Magdalena en 1934.

Al poner punto final —final a lo que esta divagación ha tenido de recuerdo del Curso de 1934, y de valorativa de lo que significó en la España de los años treinta—, debemos reiterar que, dentro de la generalidad informativa, el expositor se mostró objetivo y hasta, diríamos, fríamente imparcial. Lo que no es incompatible con que, pese al tiempo transcurrido, la introducción y el final se nos sigan, a través del recuerdo, manifestando cálidos.

¿Qué late —nos preguntamos— en el fondo de la exposición inicial y de las afirmaciones finales del Curso? Posiblemente, un deseo, un ansia, que podrían en aquel momento aparecer, de alguna manera, encarnadas en la figura de Karl Vossler y en su peculiar posición (que en alguna medida alberga el estudio y la ciencia positivista) idealista de raíz, que adjetivó la actitud croceana y vossleriana.

A la ya subrayada imagen de «adelantado» o «pionero», no dudamos que hay que añadir la de Dámaso como espíritu en vuelo oteador de lo disperso, y ansioso de contemplar el logro de un fondo unitario; la del espíritu creador y poético, que no se conforma con la simple visión de lo fragmentado, pero que acepta dolientemente, avizorando todos los horizontes, la realidad del momento, aunque ese momento ofrezca un panorama de crisis. Y en un orden ideal, acaso ese deseo, esa ansia tenga más solidez que lo inmediata, positivamente percibido.

IGNACIO AGUILERA

Biblioteca Menéndez Pelayo
SANTANDER